

Libertad en prisión /I

Cambio y fuera

Adriana Malvido

- 2012-01-18

Se abren las rejas. Luego de múltiples filtros y revisiones, a lo largo de todo un laberinto de pasillos, llegamos al Centro de Ejecución de Sanciones Penales Varonil del Reclusorio Norte. Uno a uno llegan los internos, saludan de mano y abrazo con una calidez que desarma. Es apenas el inicio de un viaje al corazón de un grupo que ha pasado por el infierno y busca su libertad.

Existen 41 mil internos en el Distrito Federal. Los tres reclusorios —Norte, Oriente y Sur— están saturados al doble de su capacidad. Con cupo para 5 mil 430, el Reclusorio Norte tiene una población de 12 mil; de ellos, 450 participan en un programa de recuperación de adicciones. A este grupo pertenecen 40 internos que quieren darle forma a la esperanza y demostrar que el más violento de los seres humanos es capaz de transformarse si se le da una oportunidad.

Desde 2009, dos veces a la semana, un grupo de voluntarios acude con ellos a hacer meditación. Hace unos días los acompañamos un músico y yo. Salimos al patio a practicar chi kung; al cabo de media hora, los alambres de púas desaparecen y todos parecen tocar el cielo con las manos. Entramos a un salón, incienso y cantos gregorianos los envuelven y bajo la asesoría de Ingeborg von Wobeser, Maricruz, Alejandra y Silvestre inicia la meditación y se profundiza. En el silencio, los internos son libres, cierran los ojos, se ponen alas y se van. Me pregunto adónde se dirigen desde esta burbuja donde ya no hay barrotes, quizá los espera el mar, un par de brazos amorosos, un desierto, un bosque, pero lo que buscan es llegar al fondo de su habitación interna más profunda, donde recuerdan lo que verdaderamente son: personas.

“Son personas que han sido objeto de mucha violencia por lo que se vuelven violentos, sin embargo, cuando se les tiende la mano ellos responden de la misma manera”, me comenta Ingeborg, psicoterapeuta, maestra zen, fundadora y presidenta de la Fundación Monte Tabor de donde surgió este programa. Sabemos que en las cárceles de México hay corrupción, trato inhumano, denigración, abuso de poder; que las prisiones se han convertido en gran negocio para la droga y en escuelas de la delincuencia organizada; que cada interno le cuesta al erario 130 pesos al día y que hay una reincidencia de 70 a 90 por ciento. Pero si el costo económico es alto, el social es mucho mayor. El programa de recuperación de adicciones de la subsecretaría del Sistema Penitenciario en el Reclusorio Norte ha tenido buenos resultados. El de Von Wobeser y su equipo cada día tiene más demanda entre los internos y ya

también lo piden los custodios. Extenderlos a otras cárceles como política pública de readaptación, y preparar el terreno para evitar la reincidencia, sería menos costoso y más prometedor que seguir llenando cárceles como objetivo último.

Los internos que conocí están por salir, pagaron su pena, cumplieron con la justicia, recuperaron su autoestima y quieren vivir de otra manera. Algunos temen reencontrarse, afuera, con el entorno que los llevó a delinquir.

¿Estamos listos para darles una oportunidad del tamaño de su esfuerzo?

Continuaremos con sus testimonios.

<http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/9096901>

Libertad en prisión /y II Adriana Malvido

Miércoles, 25 de Enero de 2012 07:32

Entre los internos, el paso del silencio a la palabra es una manera de poner el alma a la intemperie. Y surge, a veces, la poesía.

El grupo de meditación que conduce Ingeborg von Webeser en el Reclusorio Norte procede a la reflexión. La atmósfera abre paso al dolor, a la culpa, al miedo, al llanto y a todo ese infierno al que sobreviven no sólo para contarlo, sino para revertirlo. Son adictos en recuperación y así se presentan. Pueden decir en voz alta lo que hicieron porque aquí nadie juzga. Quieren perdonarse a sí mismos, reinventarse, encontrar al hijo que no conocen, tener un empleo digno, contagiar a otros lo aprendido. Conocen a los místicos, a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, a *Las moradas* y al *Cántico espiritual* que, semanalmente, les lee Maricruz Álvarez.

Cito lo que escuché en diversas voces:

Hay que liberarse a través de la verdad.

No basta abrirle las puertas de mi corazón a Dios, si no le abro las puertas de mi corazón a mí mismo.

No me alcanzaría la vida para pagar el daño que he hecho. Me metí a la delincuencia para castigar a la sociedad, levanté curas que abusaban de niños... quería ser vengador de mi colonia.

Me pone feliz ver a mis compañeros así, pero no me atrevo a dar el paso de encerrarme en la cárcel del amor.

El lenguaje de Dios es el silencio.

Afuera todo es un pulpo lleno de tentáculos. Aquí me siento seguro, me gustaría estar así, pero todo el tiempo.

Soy duro de corazón, con la meditación lo voy pelando como a una cebolla y me recuerdo niño, cuando era más sensible. Sentí una llamita en mi alma y quiero seguir hasta que se vuelva antorcha.

Mi mente era caótica, gritos y agitación (...) pero cuando escuchas el silencio, escuchas todo lo que siempre ha estado ahí.

Cierro los ojos y me fugo a través de la música. Me encuentro en un bosque con pájaros. Sentí clarito unos brazos. Y me dejé consentir.

En meditación vi una luz azul. Imaginé un feto, era malo, se transformó en otra persona. Vi lo que hoy es mi sombra.

Ya no pido cosas, doy gracias.

Sentí esta comunión, de hacer lo que me lleve a amar y ¡carajo!, me gustó.
Hoy para mí el reclusorio es un capullo. Sé que voy a salir con alas cuando se abran esas puertas.
Mi camino para ir derecho es empezar a quererme.
Aquí no es ver para creer. Es creer para ver. Yo estaba ciego.
Dios no está en las iglesias. Yo soy templo y espíritu.
En mi mente vino mi hija, que no conozco, pero sé que me está esperando. Y que le hago falta.
Necesitaba vaciar mi copa y limpiarla. Sacar todo para llenarme de ese vino nuevo. Y me llené tanto que lo repartí a mis compañeros. Y me reí.
Aparece mi niño interior y me dice: “Quiero ir a tu casa”. Y pude visitar a mi familia, a mis amigos, casa por casa. Regresando, mi niño interior me dijo gracias.
Lo tengo todo cuando viajamos al universo y al mar. Todo está en mí.
Lleno mi vacío con la meditación.

Pronto saldrán libres. Un hombre de 40 años que lleva 20 entrando y saliendo, implora:
“Ayúdenme a que no se me olvide esta práctica”.
“La violencia sólo puede combatirse con compasión”, me dice Ingeborg, a nombre de estos voluntarios que trabajan de puntitas por la paz
<http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/9101016>